

# A propósito de las "Memorias de un Bilbaino"

---

Los españoles, y de una manera más especial los vascongados, se han mostrado casi siempre refractarios a escribir «Memorias». El caso de un Don Pedro Valentín de Mugártegui (1) que, allá por los años de 1732, emborronaba unas cuartillas, aun inéditas, acerca de sus *camينات*, *andanzas* y *boberías*, así como el del curioso y, no sé si interesado, asturiano que en el siglo XVIII anotaba las dotes de las muchachas casaderas de Bilbao, es algo completamente excepcional entre nosotros.

Para conocer la manera de vivir de nuestros antepasados, tenemos que recurrir por ese motivo, casi exclusivamente, a los archivos municipales y provinciales (2), y a los viajeros extraños al país, que lo visitaron.

En este respecto, los escritos de autores extranjeros acerca de nuestras guerras, en especial las civiles, nos ofrecen una pequeña fuente de información, no utilizada aún por completo. Lo que urgía por el momento era reunir esos materiales, coleccionar esos libros dispersos, escritos en lenguas diversas (3), labor a la que me he dedicado hace tiempo, y a la que ha prestado asimismo atención, quizás con más eficacia que yo, nuestro apreciable colaborador D. José María de Azcona.

La gran transformación de Bilbao en la segunda mitad del siglo XIX, que de una modesta villa ha pasado a ser en nuestros días una de las urbes más industriales e importantes de la Península, trajo consigo la desaparición de su antiguo carácter, familiar e íntimo, y despertó las añoranzas de algunos *chimbos*.

---

(1) Véase mi libro *Menéndez Pelayo y los Caballeritos de Azcoitia*, págs. 8, 43, 44, 70, 104, 130 y 131.

(2) Los utilizaron con provecho, entre otros, D. Estanislao Jaime de Labayru en su monumental, aunque deshilvanada, *Historia General de Bizcaya*, y D. Teófilo Guiard Larrauri en la *Historia de la Noble Villa de Bilbao*, y en la *Historia del Consulado y Casa de Contratación de Bilbao*.

(3) La REVISTA continuará sin descanso su labor de dar a conocer todos esos trabajos, bien en su texto original, bien en traducciones de «Martín de Anguiozar».

Uno de los iniciadores, entre nosotros, del género literario a que aludo al principio de este artículo fué el romántico Adolfo de Aguirre, quien, en *Excursiones y Recuerdos* (Bilbao, 1871), previó el desarrollo futuro de la industriosa villa, en una época (en realidad 1864) en la que se consideraban como gran progreso las diligencias y coches que salían de Bilbao en todas direcciones «por las carreteras nuevamente abiertas»; el aumento en el Arenal de la escuadrilla de vapores, «cuyos penachos de humo» flotaban «incesantemente sobre las márgenes del río»; y «los alambres paralelos» que traían «en pocos minutos a los oídos curiosos de la villa todos los rumores» que se alzaban «en los extremos más apartados de la Europa».

El tiempo ha roto la férrea cintura que oprimía al romántico *bochito* y, si hoy resucitara Adolfo de Aguirre, tendrían menos sentido que en otro tiempo sus amargas lamentaciones contra las anteiglesias que estrechaban a Bilbao (sordas a sus lastimeras quejas); pues no somos pocos los que nos hemos visto convertidos en bilbaínos, de la noche a la mañana, casi sin enterarnos de ello.

El autor de *Excursiones y Recuerdos* no sabía en qué estuvo pensando el buen don Diego López de Haro, cuando fundó su villa en paraje tan angustiosamente encerrado entre los montes y el río: mas como, por otro lado, le declara «hombre de mucho seso», siempre cabe pensar que don Diego nunca dudó de que *su bochito* rompería algún día su férrea cintura, y se extendería hasta el mar.

Otros bilbaínos más modernos que Adolfo de Aguirre, pero no menos románticos que él, sin escribir propiamente «Memorias», trazaron cuadros de costumbres bilbaínas que nos retrotraen a los años de la niñez.

Entre ellos, acude en primer lugar a la memoria el nombre de D. Sabino de Goicoechea, el autor de *Ellos y Nosotros. Episodios de la guerra civil, Bilbao 1867* que, en 1883, y con el pseudónimo «Argos», publicó sus *Pasavolantes*.

No es posible, por lo demás, dar detalles de este libro, ni recoger en un artículo escrito a vuela pluma y que no intenta ser un repertorio bibliográfico, todo lo que Antonio Trueba, Eduardo Delmas y otros bilbaínos, originarios o de adopción, dejaron escrito acerca de Bilbao, en libros, revistas y periódicos.

No cabe, sin embargo, omitir en esta breve enumeración los títulos de dos libros que, dada la nombradía de su autor, y el espíritu sentimental y localista que los impregna (en paradójica contradicción con el de otros de sus escritos) perdurarán en la memoria de

los bilbaínos de futuras generaciones. Miguel de Unamuno recogió en el primero de ellos (*De mi País, Madrid* 1903) algunos artículos, en los que evocaba los recuerdos de su niñez, mientras que, más tarde, allá por los años de 1922, se dejaba inspirar de nuevo en *Sensaciones de Bilbao*, por «los secretos encantos» de la villa, y trazaba sugestivas semblanzas de algunos bilbaínos representativos, como Adolfo Guiard, Nemesio Mogrobejo, Nicolás de Achucarro y Francisco de Iturribarria.

Este último, sacerdote e inspirado poeta, a quien traté al final de su vida, me habló alguna vez largamente de Unamuno, con quien había reanudado hacia poco sus relaciones de amistad infantil.

Pero donde quizás se revela mejor el bilbainismo de D. Miguel, en el que ni siquiera faltan ligeras explosiones, más o menos veladas, de clásico *antimenendezpelayismo*, consecuencia obligada del atávico *antisantanderismo* bilbaíno, es en su Prólogo a *Revoladas*, de Emiliano de Arriaga.

Para el profesor de Salamanca hay dos clases de Bilbaínos, como hay dos modos de guisar el bacalao: a la vizcaína y a la vizcaína. Pertenece a la primera el bilbaino (léase bil-bái-no) trisílabo, con salsa verde, y alegre o por lo menos agridulce, y entra en la segunda el bilbaíno cuadrisílabo, en vías de formación, «con salsa roja, que es el bilbaíno según le forjan y aun le fantasean fuera de Bilbao, el de exportación».

Este despego para el bilbaíno cuadrisílabo debe de llevarlo don Miguel en la sangre, pues no sería difícil encontrarlo en otro escritor que lleva su mismo apellido, aunque en segundo lugar.

En todo caso, lo que no cabe poner en duda es que fué bilbaino trisílabo y de salsa verde D. Emiliano de Arriaga, al que debemos una serie de libros de sabor chimbo, muy acentuado: *Lexicón etimológico, naturalista y popular del Bilbaino neto* (1896); *Chiplis-Chaplas* (1899); *El libro de la Correduría Marítima* (1913); *Revoladas* (1920); *Compilación* (1920); y *La pastelería, Novela histórico-bilbainesa* (1908).

Entre estos libros, el que quizás ha logrado salir del círculo de lectores para quienes fué escrito, es el *Lexicón*, que logró interesar a Hugo Schuchardt.

Pero es de temer que, si resucitara el bilbaino trisílabo y de salsa verde, no experimentaría pequeña sorpresa al ver que la Real Academia Española había admitido en la última edición de su Diccionario un vocablo como *Balda*, que a él se le antojaba tan genuina-

mente vasco, como que lo derivaba del vascuence *Apal*. Había precedido a Arriaga, en esta labor de recoger el léxico castellano de los bilbainos, el catedrático del Instituto Bilbaíno D. Román Biel, cuyos dos opúsculos acerca de *El Habla Vulgar de Vizcaya* con vendría reimprimir, pues se han hecho ya muy raros.

En época completamente reciente, publicó D. Juan Carlos de Gortazar, de quien tan gratos recuerdos se guardan en esta REVISTA; su *Bilbao a mediados del siglo XIX, según un epistolario de la época*, y, finalmente, D. José de Orueta y Pérez de Nenín sacó a luz el pasado año de 1929 un verdadero libro de *Memorias*, que es el que ha dado ocasión a que se escribieran estas líneas.

\*  
\* \*

Admirablemente presentado, como cuanto sale de las prensas de la Nueva Editorial de San Sebastián, el hermoso volumen intitolado *Memorias de un Bilbaino*, agotado en pocas semanas, aparece enriquecido, no sólo con numerosas fotografías, sino también con reproducciones de cuadros y dibujos de Luis Paret (siglo XVIII), Anselmo Guinea, Adolfo Guiard, José J. Amann, Manuel Losada e Ignacio Zuloaga, De este último son un retrato de José de Orueta, y «El amanecer», panel del Kurding, pintado en 1894.

El autor del libro que reseñamos es hombre muy conocido y apreciado en el país, por cuyo progreso cultural, administrativo e industrial se ha preocupado siempre. Abogado, si nos atenemos a su título universitario, es más bien, por vocación, un entusiasta aficionado a los estudios económicos y al fomento y cultivo de las bellas artes, que formó o forma parte de numerosas corporaciones, sociedades o entidades, a las que ha prestado su valiosa colaboración con actividad y eficacia ejemplares. Desde la fundación de la Sociedad de Estudios Vascos es miembro preeminente de su Junta directiva.

Su ausencia de Bilbao desde hace treinta años contribuyó a exaltar en Orueta el amor a su pueblo natal, fenómeno del que nos percatábamos sus amigos al oír complacidos sus amenas y chispeantes conversaciones y charlas, ilustradas, en alguna ocasión más solemne, con proyecciones de antiguos cuadros, dibujos y fotografías. Rindiéndose al fin a los amables, pero insistentes, requerimientos de sus íntimos, ha redactado y publicado estas *Memorias*

*de un Bilbaino*, libro que puede servir de modelo en su género, pues en lenguaje sencillo, que recuerda el habla del bilbaino neto de hace treinta o cuarenta años, ha logrado evocar con acierto y sano humorismo el Bilbao del último tercio del pasado siglo.

Aunque ausente, yo mismo, de Bilbao, desde hace cerca de 40 años, conocí lo bastante a muchas de las personas citadas en el libro, y perduran en mí suficientes recuerdos para poder afirmar que el autor ha acertado a retratar fielmente en su obra el ambiente de la Villa de Don Diego en los románticos años que siguieron a la última guerra carlista.

Por otro lado, las anécdotas *chirenes* que Orueta refiere, así como las canciones y vocablos que recoge, son una buena contribución al estudio del folk-lore *chimbo*.

No he de desarrollar aquí muchas ideas que aquéllas y éstos me sugieren, para no hacer demasiado extensa esta nota; pero a nadie sorprenderá dedique un recuerdo al absurdo sistema pedagógico que padecemos en nuestra niñez, del que forzosamente han tenido que resentirse después todos nuestros trabajos y publicaciones. En los pocos años que transcurrieron desde que José de Orueta ingresó en el Instituto Bilbaíno hasta que lo hice yo, cambió bastante el personal docente. Los métodos pedagógicos, que con tanta gracia describe el autor, mejoraron algo, pero no demasiado. Uno de nuestros catedráticos, al pasar lista, nos obligaba a sustituir el tradicional «Presente!» por las palabras «sí» o «no», según supiéramos o no la lección. El incauto que, habiendo contestado «sí», mostrara luego su ignorancia, recibía en la cabeza dos golpes, dados con los plomos de la capa, mientras el profesor, muy satisfecho, decía en voz alta, en tono solemne, estas sacramentales palabras, que han quedado desde entonces grabadas en mi memoria: «Uno porque sí, y otro porque no!

Otro de nuestros profesores, autor, más tarde, de una gramática latina, se perdía en largas disquisiciones teóricas que, aun admitiendo que fueran fundadas, no estaban al alcance de las inteligencias de niños de 9 años. En cuanto a las explicaciones de cierto profesor de Agricultura, más bien parecían discursos parlamentarios, o de meeting político. Como ejemplar de profesor de seriedad inalterable, recuerdo al Sr. Lasala, catedrático de Aritmética y Geometría. Su rostro impasible se iluminaba, no obstante, cuando, recordando a su correligionario D. Cosme de Echevarrieta, (republicano activo, y emigrado en San Juan de Luz, después de la revolución) se dirigía

al hijo de éste, Horacio, con estas palabras, que causaban nuestro asombro y regocijo: «Compañero Echevarrieta, salga a dar la lección!».

\* \* \*

Sin haberse especializado en estudios de filología vasca, el autor de las *Memorias de un Bilbaino*, abierto a todo sentimiento romántico y localista, no podía dejar de asociarse en algún modo al entusiasmo vascófilo que brotó en Bilbao en torno a la figura verdaderamente extraordinaria y típica de D. Resurrección María de Azkue. Orueta, que incluso se arriesga a hacer algunos pinitos vasco-etimológicos, nos habla de la primera cátedra de vascuence de la Diputación de Vizcaya y de lo que entonces se llamaba la «Academia del Cura». Recordemos con esta ocasión, que fué en 1891, cuando, sin más preparación que el conocimiento práctico de la lengua, y la lectura de media docena de libros atrasados, realizó el lexicógrafo lequeitiano la portentosa labor de escribir su *Euskal-Izkindea* o *Gramática Euskara*, en la que forjó cuantos neologismos creyó necesarios para expresar sus ideas sin recurrir a vocablos vascos de origen románico evidente, y cortó por lo sano, reduciendo a la unidad y a la lógica, lo que la naturaleza hizo múltiple y vario. A este libro, declarado pecado de juventud por su propio autor, se refería el erudito, pero estafalario, vascófilo Edouard Spencer Dodgson cuando lanzó su ingeniosa distinción entre el *Vascuence* y el *Azcuence*, y no al *Diccionario Vasco-Español-Francés*, como ha supuesto Mr. Rodney Gallop, en un libro, por lo demás excelente, del que nos ocuparemos en otra ocasión. *Euskal-Izkindea* quedará como recuerdo histórico-bibliográfico, mientras que el *Diccionario Vasco-Español-Francés* perdurará como obra de positivo valor, que habrán de utilizar ineludiblemente los vascólogos de las futuras generaciones.

\*  
\* \*

Para terminar, y después de hacer votos por la realización de la proyectada idea de hacer una edición de lujo de las *Memorias de un Bilbaino*, voy a recoger una alusión personal, de hace 35 ó 40 años.

Refiere el autor, en las páginas 136-137 de su obra, que, un día que estaba en la peluquería de Gregorio y Sebastián, alguien afirmó que yo había conseguido entenderme en Volapük con un alemán. Y escribe a continuación: «Don Pantaleón Arancibia, Secretario de la Diputación, a quien estaban afeitando y que lo oyó, dijo al momento, con el sentido práctico de un buen lequeitano: —Sí, ya es cosa buena; pero si, en vez de Volapük, aprende alemán, en vez de con uno sólo se hubiese entendido con todos los alemanes a la vez».

El bueno de don Pantaleón, a quien traté bastante, a causa de la amistad que le unía a mi padre, era una excelente persona y un inteligente abogado, pero no creo que los problemas lingüísticos le quitaran nunca el sueño. Aparte, de que la gramática del Volapük se aprendía en media hora, y el alemán no consigue uno dominarlo completamente ni aun después de prolongados esfuerzos. Tan es esto así, que, alguna vez, al romperme la cabeza para traducir al castellano algún texto difícil alemán, me ha asaltado la duda de si Escaligero no estaría pensando en los germanos, cuando escribió su celebrada frase acerca de los vascos:

«On dit qu'ils s'entendent, je n'en crois rien.»

**Julio de URQUIJO**